

Los HUEVOS

DE

PASCUA



B. GALLERIA MUSEO

BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

XXX



... y les anunció que habían entrado...

CRISTÓBAL SCHMID

Año 1932

LOS HUEVOS DE PASCUA

VERSIÓN CASTELLANA

ILUSTRACIONES DE

MENDEZ BRINGA

22.602



115X145

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



LOS HUEVOS DE PASCUA

CAPÍTULO PRIMERO

LA FAMILIA DESCONOCIDA

EN el fondo de un valle profundo y solitario, oculto entre montañas, vivían hace mucho tiempo algunas pobres familias de carboneros. Sus cabañas, rodeadas de algunos árboles frutales, como cerezos, manzanos y

Cuentos de Calleja

perales, estaban esparcidas en las vertientes de los riscos. Algo más lejos alzaban sus copudas cabezas los castaños y los nogales; también se veían algunos huertecillos sembrados de trigo, y alguna que otra vaca o cabra suspendida de las rocas. Del medio del bosque se veían salir columnas de negro humo, producido por el trabajo de los carboneros; se dejaba oír el sonido de los esquilones del ganado, y el acompasado ruido de un molino situado en la parte superior del valle, de donde descendía un arroyuelo cristalino.

Aquellas pobres gentes habían menester trabajar todo el día, si querían ganar con qué vivir bien sobriamente; pero eran por eso tanto más felices, pues la ociosidad engendra toda clase de vicios, y el trabajo es, por el contrario, el padre de todas las virtudes. Los carboneros eran buenos y apaci-

Los huevos de pascua

bles; el goce de los bienes no les hacía conocer los males; su vida, pura como los aires de la montaña, era purificada aún por la religión; todos los domingos iban a una capilla rústica no distante de sus cabañas, y servida por los religiosos de un convento escondido en medio de aquellas sierras, para asistir al santo sacrificio y oír la palabra divina.

En un ardoroso día de verano, cuando las espigas comenzaban a dorar las colinas, Marta, muchacha de doce años, que guardaba algunas cabras en aquellas retamosas rocas, divisó a lo lejos unos forasteros que descendían al valle. Luego que se hubieron acercado algún tanto, distinguió perfectamente una señora ricamente vestida que caminaba sobre una mula blanca, llevando en sus brazos una niña. Un hombre, anciano ya, llevaba la mula por la brida, y daba la otra mano a un

Cuentos de Calleja

niño que parecía muy cansado. Cuando acabaron de bajar la pendiente, los extranjeros se detuvieron; la señora echó pie a tierra, y se sentó a orillas de una senda; el anciano, a fin de que la mula pudiese descansar, la descargó de algunos objetos que llevaba. Marta corrió inmediatamente a su cabaña para contar a sus padres lo que había visto.

—¡Oh! Es una señora muy hermosa —dijo al concluir—; tiene tapada la cara con una tela blanca como la nieve y fina como una tela de araña; un vestido largo muy brillante, con ramilletes de flores tan hermosas como las del jardín; su garganta brilla como un rayo de Sol, y tiene flores de oro en sus zapatos. También el señor que viene con ella está muy bien vestido.

—Pues mira, hija mía —le respondió el padre—: en lugar de ponerte a mirar con tanto cuidado cómo estaban

Los huevos de pascua

vestidos esos viajeros, debías haberles preguntado si necesitaban alguna cosa.

La niña se ruborizó con las palabras de su padre.

—No me he atrevido, papá—respondió mirando al suelo—. Y sin embargo, me parece que tienen hambre, y que caminan hace mucho tiempo, porque la mula se ha puesto a pastar con gran apetito.

—Pues eso era lo que debías habernos dicho primero —replicó la madre—. Vamos pronto: toma ese cántaro de leche; yo llevaré el pan y un queso. Guíame al sitio donde se han detenido esos viajeros.

Marta no esperó a que le repitiese la orden; marchó delante de sus padres, y pronto se encontraron los tres en presencia de la señora.

Estaba sentada al pie de unos arbus-tos, cuya frescura se unía a la del

Cuentos de Calleja

arroyo; la niña que tenía en sus brazos le decía: «¡Tengo hambre, mamá!»; el niño ayudaba a quitar la silla a la mula, que no por eso perdía una sola dentellada.

CAPÍTULO II

LA HOSPITALIDAD

EL carbonero se adelantó algunos pasos hacia la señora, y le suplicó que aceptase lo que podía ofrecerle. Ella le dió gracias con amabilidad, hizo beber a su niña un poco de leche, dió también al niño un pedazo de pan, y sólo después que vió a sus hijos satisfechos tomó para sí; en cuanto al anciano, comió pan y un poco de queso.

Mientras los forasteros apagaban la sed y el hambre, se acercaron muchos de los habitantes del valle, entre los cuales, negros del hollín y del carbón, había uno cuyos vestidos estaban blancos como la nieve: era el dueño

Cuentos de Calleja

del molino de que hemos hablado. Teníasele por el más rico de la aldea, y era de todos sus vecinos el que gozaba de mejor juicio y mayor inteligencia. Se acercó a la señora, y le preguntó si los habitantes del valle podían serle útiles en alguna cosa. Al mismo tiempo admiró su noble y expresiva belleza y las gracias de su niña.

—¡Dios sea bendito! — exclamó la dama con emoción—. Me ofrecéis lo que debo pedir: un asilo para mis hijos y para mí. Compadecednos de nosotros; y si no está en mis facultades el mostraros mi gratitud, Dios os recompensará. La guerra me ha obligado a huir de mi país, sin otro apoyo que este anciano servidor que me ha visto nacer.

Antes de responder, quiso el molinero consultar a los que allí se hallaban; conferenció con ellos durante algunos minutos, y luego volvió al lado de la

Los huevos de pascua

dama, anunciándole que le sería fácil ver una casita donde podría instalarse provisionalmente con su familia.

La pequeña caravana se puso en camino siguiendo el curso del arroyo hasta llegar al molino, situado en la orilla izquierda. Enfrente, sobre la opuesta, había una linda casita construída casi toda de madera y dividida en cuatro piezas. Detrás había un establo y un hermoso jardín cubierto de árboles, cuyas frutas comenzaban a colorarse. Vieron el interior; los cuatro aposentos estaban amueblados con cama, sillas, mesas y cuanto es necesario para una casa campestre. Desde las ventanas se extendía la vista por todo el valle, el cual ofrecía el espectáculo más delicioso.

—Esta cabaña, señora—exclamó el molinero—, está a vuestra disposición durante todo el tiempo que queráis permanecer aquí. He mandado poco

Cuentos de Calleja

ha edificarla para retirarme a ella dentro de algunos años, cuando ceda el molino a mi hijo. La Providencia os ha traído aquí muy a propósito, pues sólo está habitable desde ayer. Se diría que la he hecho construir expresamente para ustedes: no puede menos de agradaros.

La señora manifestó su gratitud al molinero, y tomó en el mismo instante posesión de la casita. Convino con los padres de Marta que guardaría a ésta para su servicio, a fin de que ayudase al anciano en las faenas de la casa.

El molinero se apresuró a ofrecer algunos objetos de primera necesidad en tanto que podían procurárselos, y la señora tomó sus disposiciones para pasar la primera noche en la hospitalaria cabaña.

Antes de acostarse se arrodilló delante de un crucifijo toscamente tallado que estaba suspendido sobre la cabe-

Los huevos de pascua

cera de su cama; dió gracias a Dios y a su Santísima Madre por haberla protegido en medio de los peligros que la rodeaban y ofrecídole un puerto en lo más recio de la tempestad.

—Gracias os doy aún—dijo,—Jesús Salvador mío, de todas las privaciones que me habéis hecho pasar desde hace más de diez días; sin ellas me parecería duro habitar en una cabaña después de haber vivido en un palacio. Pero ¡cuán agradable encuentro mi retiro! ¡Cuán delicioso me parece el sencillo alimento que dividido con mis hijos, después de haber carecido de pan para aplacar el hambre y de un techo para guarecer mi cabeza!

En medio de estos piadosos afectos se quedó dormida.

Al siguiente día, muy de mañana, salió la noble dama en compañía de sus hijos para admirar el paisaje, pues el

Cuentos de Calleja

cansancio se lo había impedido la víspera.

Aquel espectáculo fué sorprendente para ella. Las cabañas, esparcidas en grupos de dos o tres, se ocultaban a la sombra de los árboles; el arroyo, en extremo rápido, llevaba sus plateadas aguas sobre un lecho de arena y de lucientes piedrecitas; las cabras, suspendidas sobre las puntas de las rocas, ramoneaban los retoños del espinó albar, y los primeros rayos del Sol doraban con su brillante luz el paisaje, cubierto aún con los vapores de la mañana.

Los niños Edmundo y Blanca corrían sobre la hierba y jugaban con las cabras del molinero.

El niño preguntaba por qué la rueda del molino permanecía en el mismo sitio sin adelantar, a pesar de que daba vueltas, como hacen las de los carruajes.

La niña no se cansaba de mirar aque-

Los huevos de pascua

lla agua que hervía bajo la rueda y saltaba convertida en blanco y espumoso polvo, brillando como diamantes y pedrerías a los reflejos del Sol naciente.

Marta y su ama se ocuparon del cuidado de la casa, y poco tiempo después todo estaba en orden. La señora pensó entonces en preparar el almuerzo.

CAPÍTULO III

¿NO HAY AQUÍ GALLINAS?

VAMOS, Marta—dijo la dama desconocida a su joven criada;—ve a buscar huevos, y procura que sean bien frescos. ¿A cómo cuestan en este país?

—¿Huevos, señora?—exclamó Marta con gran admiración.—¿Y qué hará usted con ellos?

—Los haré cocer en este agua que está caliente.

—¡Ah, yo no sabía que se comían los huevos de los pajaritos! Sin duda en el país de donde usted viene habrá gentes que se ocupen en ir a buscarlos al bosque; pero aquí nadie se cuida de eso. Si usted quiere que yo misma

Cuentos de Calleja

vaya, lo haré con mucho gusto; pero temo emplear mucho tiempo en hallar siquiera un nido.

—No te hablo de huevos de pájaros. Te digo que vayas a buscar huevos de gallina: uno solo de ellos vale más que tres docenas de los otros.

—En verdad, señora, los huevos más grandes que he visto en mi vida son los de palomas torcaces, y no sé lo que es una gallina. Se me figura que en todo el valle, y aun en la aldea donde van a vender el carbón, nadie conoce ese ave.

—Pues qué, ¿no hay aquí gallinas?

La ignorancia de los habitantes del valle, y aun de la aldea, parecerá inconcebible, hoy que hay gallinas por dondequiera; pero en la época en que tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia eran tan raras en ciertas comarcas, como lo son hoy los pavos reales en algunos países.



—¿Huevos señora?...



Los huevos de pascua

La señora se contentó por el momento con las legumbres que le suministró el molinero. Pronto conoció que le sería muy difícil proporcionarse carne y pescado; los carboneros no conocían sino los alimentos más sencillos y comunes, y no era posible encontrar otros en el valle; se hallaba, por tanto, muy confusa sin saber cómo podría dar a sus hijos un alimento análogo el que la costumbre había hecho casi necesario para ellos, lo cual hacía muy doloroso no tener un pequeño corral.

— ¡Dios mío, cómo nos enseña la desgracia a conocer vuestros beneficios! — decía. — Cuando me hallaba en la abundancia y sólo tenía necesidad de formar un deseo para verlo cumplido, ignoraba que fuese cosa tan preciosa una gallina y sus huevos. En adelante no lo olvidaré.

Kuno, el anciano servidor, había sa-

Cuentos de Calleja

lido desde el amanecer con la mula para ir a buscar bien lejos de allí, en la llanura, muchos objetos necesarios que no eran ni aun conocidos en el valle; volvió al día siguiente con la mula cargada de utensilios, de provisiones para la casa y de semillas para el jardín. Más tarde hizo viajes que duraron una semana y aun más. Cada vez que volvía, conferenciaba largamente en secreto con su señora, y sin duda le anunciaba funestas noticias, porque parecía mucho más afligida que de costumbre en los días siguientes al regreso de su criado.

Los que se dieron cuenta de esto, habrían querido conocer el motivo de los pesares de la señora, su nombre, quién era y de dónde venía. Los campesinos son siempre un poco curiosos; pero ninguno se atrevía, sin embargo, a hacer sobre el particular preguntas indiscretas.

Los huevos de pascua

En fin, uno, algo más taimado que sus compañeros, se hizo amigo del señorito Edmundo, tuvo mil complacencias con él, le llevó a pasear al bosque, y acabó por preguntarle un día en confianza cómo se llamaba la señora. Nuestro hombrecito, con aire misterioso, se acercó al oído del interrogante, y le dijo en voz muy baja:

—Se llama... mi mamita.

Esta lección hizo que ninguno otro tratase de averiguar en adelante el secreto de la extranjera, y aquellas buenas gentes se resignaron sin trabajo a dejar al tiempo lo que sólo él debía dar a conocer.

CAPÍTULO IV

[BENDITO SEA DIOS; YA HAY GALLINAS!]

GRANDE era el placer con que los chicos del valle veían volver de sus excursiones al viejo Kuno, porque rara vez dejaba de traerles juguetes o chucherías. Un día, mientras los carboneros estaban en su trabajo, los chicos se enteraron de que traía la mula cargada con una grande caja hecha de mimbres y cubierta con un lienzo: corrieron hacia él, y le preguntaron qué era lo que traía en ella; pero Kuno se hizo primero el sordo, y luego acabó por responderles que en llegando a casa lo verían.

El infantil cortejo aumentó tanto en el camino, que, antes de llegar a la

Cuentos de Calleja

puerta de su ama, le seguían ya todos los chicos y chicas que había en el valle. La dama salió al encuentro de su criado haciendo grandes demostraciones de júbilo.

—¡Al fin tengo lo que tanto he deseado! — exclamó.

Kuno desató la caja, y la puso en tierra con mucho cuidado, ayudándole Edmundo; luego levantó por un lado la cubierta de lienzo, y abrió una puercecilla.

Los chicos se habían acercado para ver con más facilidad lo que sacaba de la caja; los mayores retrocedieron, y los más pequeños echaron a correr despavoridos al ver salir un hermoso gallo, que empezó a andar con orgullo y majestad.

—¡Ah; qué pájaro tan grande! — exclamaron los que no habían recurrido a sus piernas. — ¡Qué hermoso es! — añadió el primero que se atrevió a mirar-

Los huevos de pascua

le de cerca; — ¡qué ojos tan vivos tiene, y qué hermosas plumas! La corona que tiene en la cabeza es de un encarnado más vivo que las amapolas que nacen entre el trigo. Mirad qué reflejos pardos, azules y amarillos tienen las plumas de su cola: ¡parece una hoz!

Después del gallo vinieron ocho hermosas gallinas: las había blancas monudas, negras con cresta encarnada como la del gallo, amarillas y pardas.

Los chicos daban gritos de gozo y preguntaban a la dama qué pájaros eran aquéllos, y para qué servían. La dama satisfizo sus preguntas; pero les costaba trabajo comprender que se pudiera criar y alimentar aquellos pájaros como ellos sus cabras: creían que el gallo y las gallinas iban a escaparse volando como los grajos que ellos veían algunas veces atravesar por los aires. En fin, no podían imagi-

narse que los huevos valieran la pena de comerse.

La señora tomó un puñado de cebada, y lo arrojó a los pobres animalitos, que se pusieron inmediatamente a picotear en la tierra para coger los granos uno a uno. Los más hambrientos acabaron por disputar a los otros los que quedaban, y esto divirtió mucho a los chicos. Pero cuando el gallo abrió sus alas y dejó oír su estridente *kikiriki*, fué otra cosa: todos se echaron a reír, y comenzaron a querer imitar el canto del gallo. Al fin se marcharon cada uno a su casa, y aquel día se oyeron a cada momento y en todas direcciones tantos *kikiriki* como chicos había.

Cuando refirieron a sus padres que el viejo Kuno había llevado unos pájaros maravillosos, todos corrieron a casa de la señora para verlos, y los encontraron más ex-

Los huevos de pascua

traordinarios de lo que se habían figurado.

—Son verdaderamente muy hermosos estos pájaros—dijo el molinero; —y además tienen de singular que parecen conocer la intención que tienen de darles de comer, pues no se separan de la casa. El gallo tiene trazas de ser el rey o jefe de la familia: si encuentra alguna cosa buena llama a las gallinas, y se lo da; si ve que dos quieren reñir interviene, y las pone en paz.

Las gallinas comenzaron a poner huevos desde aquel mismo día, y algún tiempo después empolló una de las negras. La señora encargó a Marta que le llevase de comer a su nido con la mayor exactitud.

—Porque la gallina — le decía—se morirá de hambre antes que abandonar los huevos para salir a comer.

El día en que los pollos debían de salir del cascarón, la dama invitó a

muchos de sus vecinos para que llevarsen sus hijos a ver una cosa curiosa: les enseñó los polluelos que empezaban a romper el cascarón: poco a poco se escaparon de su cárcel, y cuando todos hubieron salido de ella, la gallina saltó del nido, y todos los hijuelos, cubiertos de una fina pelusa, empezaron a andar detrás de ella levantando la cabeza, donde brillaban dos ojos tan negros como pequeños. Cuando se separaban un poco, la madre los llamaba, y ellos acudían precipitadamente respondiendo a la voz de aquélla con sus *píos*.

—Mirad—decía la señora a los chicos y chicas;—esos pollitos os dan un buen ejemplo: escuchan la voz de su madre, y obedecen a la menor señal que les hace.

Un curiosillo quiso ver de cerca los pollos; y cogió uno: el animalito se puso a dar gritos llamando a su madre

Los huevos de pascua

y ésta acudió presurosa, se lanzó a la cara del temerario, y le habría sacado los ojos si no hubiera echado a correr y dejado el pollo con más presteza que lo tomó.

— ¡Hola, hola! — dijo el molinero; — ¡esa es una lección para las madres de familia! ¡Miren ustedes cómo las gallinas naturalmente tímidas, son valientes cuando se trata de defender a sus hijos!

Algunos instantes después la gallina se puso a escarbar, y encontró un gusano.

— Ahora va a regalarse con él — dijo una niña.

Pero, en vez de comerlo, la madre llamó a su menuda familia, dividió en trozos el gusano con el pico, y sin tomar la más pequeña parte para ella, lo abandonó a sus hijuelos, los cuales lo devoraron en el momento.

— ¡Eso sí que es extraño! — exclamó

Cuentos de Calleja

el molinero.—¡Esta gallina era la más voraz de todas, y ahora se olvida de su hambre para dejarlo a sus hijos!

De repente se oyó a la gallina dar un grito: los polluelos acudieron corriendo, y ella extendiendo las alas, los ocultó a todos debajo. La gallina seguía gritando y mirando al aire.

—¿Qué tiene? — preguntaron a la dama, la cual tampoco sabía a qué atribuir el terror de la pobre madre.

Pasados algunos minutos, el molinero hizo notar un punto negro que se divisaba en lo alto del cielo, que se hacía cada vez mayor, y que, a medida que se acercaba a la tierra, tomaba la forma de un pájaro grande.

—Es algún ave de rapiña — dijo la dama; — la gallina la ha visto antes que nosotros, y ha querido poner su joven familia al abrigo de las garras de un cruel enemigo.

Los huevos de pascua

—¡Qué instinto tan admirable!—exclamó uno de los carboneros.—¡Tengo la vista más perspicaz de todo el valle, y, sin embargo, la gallina ha descubierto ese gavilán mucho tiempo antes que yo.

Hicieron que huyese el cruel pájaro, y entonces salieron los polluelos de debajo de las alas de su madre, empezando a correr de nuevo.

Cuando la noche se acercó, la gallina se retiró a su nido, y todos sus hijos se colocaron debajo de ella para dormir. Durante algún tiempo, se les vió pasar sus cabecitas por entre las plumas de las alas de su madre, como un niño revoltoso que no quiere permanecer en la cama cuando le acuestan, y se descubre o entreabre las cortinas de su cama; pero pronto cesó aquel movimiento, y toda la familia se durmió.

Los habitantes del valle no se can-

Cuentos de Calleja

saban de contar todas aquellas maravillas.

—Es muy singular —decía uno— que esos pájaros nazcan con los ojos abiertos, y corran y busquen su comida desde el momento que nacen.

—Pero, vecino—le respondió otro—, mire usted que son quince: si nacieran ciegos e incapaces de moverse como los otros pájaros, la pobre madre no podría alimentarlos a todos, siendo ella la única que los cuida. La providencia de Dios los socorre.

—Pero tampoco bastaba—añadió el molinero— que tuviesen buenos ojos para ver y fuertes piernas para correr; era necesario además que fuesen obedientes, para que su madre pudiera criar y defender a una familia tan numerosa. En verdad, cuanto más se piensa en ello, más se reconoce cuán admirable es el Creador hasta en las cosas más pequeñas, y en cada detalle

Los huevos de pascua

de sus obras se descubren nuevas razones para admirar su providencia.

— Amigos míos — dijo la dama, — permitidme añadir una palabra: lo que Dios ha hecho por los animales es nada en comparación de lo que ha hecho por los hombres; nuestra gratitud por los beneficios de que nos colma debe ser infinita.

Todos aplaudieron estas palabras, y cada cual se retiró llevando en el corazón este piadoso pensamiento.

CAPÍTULO V

YA HAY HUEVOS EN ABUNDANCIA

DESDE su llegada al valle, la dama extranjera hubo de congratularse por la conducta de todos los que en él habitaban, hallándose todos siempre dispuestos a ayudar al viejo Kuno en los trabajos que la edad le hacía penosos, como cortar leña en el bosque (pues se acercaba el invierno), llevarla a la casa, sacar agua, etc. Si alguno cazaba un buen conejo o cogía un buen pez, iba a ofrecerlo a la señora, la cual sólo con gran trabajo podía conseguir que aceptase su valor. Así es que deseaba desde hacía mucho tiempo manifestar su benevolencia.

Sabiendo que no podía hacer a las

Cuentos de Calleja

familias del valle un servicio mayor que el de proporcionarles gallinas, tuvo tal cuidado con las polladas que hacia mediados del otoño había ya reunido mayor número de gallinas y de gallos que le eran menester; por otra parte, había acopiado una gran cantidad de huevos.

Un sábado envió a decir a las madres de familia que tuviesen la bondad de ir a desayunarse con ella antes de ir a misa al día siguiente.

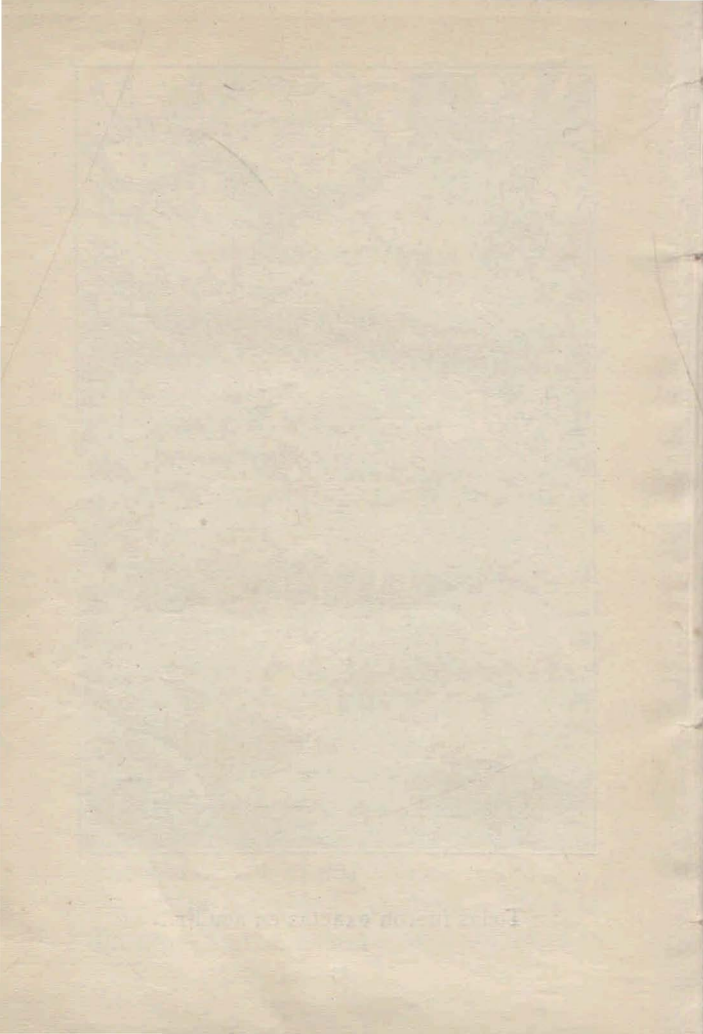
Todas fueron exactas en acudir a la invitación. El viejo Kuno había puesto una mesa debajo de un emparrado, y todas se sentaron en derredor de ella.

Marta llevó un gran cesto lleno de huevos blancos como si fueran de porcelana; todas las mujeres se admiraron de ver tanta cantidad de huevos, tan hermosos al parecer.

— Mis queridas vecinas — dijo la dama, — voy a enseñaros todo el par-



Todas fueron exactas en acudir...



Los huevos de pascua

tido que se puede sacar de los huevos; ante todo, vean ustedes cómo son antes de estar cocidos.

Partió entonces uno dentro de un plato, y les hizo ver que se componía de una bolita amarilla que nadaba en un licor transparente y glutinoso; les dijo que la bolita se llama *yema*, y el licor, *clara*.

Había junto a la mesa un hornillo con carbones encendidos, y sobre él, una cacerola llena de agua. Cuando ésta comenzó a hervir, tomó la señora tantos huevos como personas había, y los echó a cocer en el agua, retirándolos de ella al cabo de cierto tiempo.

Luego indicó a sus huéspedes la manera de abrir los huevos, de sazónarlos con un poco de sal, y, a imitación suya, todas mojaron en el que se les había dado las tiritas de pan que Marta llevó en un plato. Aquel alimento tan sencillo les pareció delicioso.

Cuentos de Calleja

—Verdaderamente—dijo una de las campesinas,—los huevos son tan fáciles de preparar como agradables al gusto; he contado el tiempo que han estado en el agua, y ya coceré otros sin engañarme.

—¿Cómo, vecina? ¿De qué modo?—preguntó otra.

—Empecé a contar por los dedos cuando la señora los puso en el agua, y al sacarlos había llegado a trescientos. Así lo haré yo otra vez.

—Es un medio ingenioso—observó la dama,—y deben ustedes ponerlo en práctica, vecinas. Ahora voy a enseñar a ustedes otro modo de preparar los huevos, mucho más fácil todavía.

Puso sobre el fuego una vasija de barro y en ella un poco de manteca. Cuando ésta estuvo derretida, la dama rompió varios huevos en un plato, y los vertió luego en la manteca. El licor transparente tardó poco en poner-

Los huevos de pascua

se sólido y blanco como la leche; la bola amarilla se aplastó un poco, y se quedó en el centro.

Las carboneras estaban admiradas.

— Mirad—exclamó la que había hallado el medio de calcular el tiempo que había de emplearse en cocer los huevos pasados por agua;—mirad la yema cómo está rodeada por la clara: ¿no parece una de las margaritas que nacen en el campo?

Probaron los huevos fritos, y los hallaron de un gusto diferente, aunque no menos sabrosos que los pasados por agua.

La dama las hizo ver la manera de partir los huevos, de sazonarlos, de batirlos; en una palabra, de hacer *una tortilla*, que mereció igual aprobación que las preparaciones precedentes.

Las carboneras aprendieron igualmente que la yema y la clara pueden

Cuentos de Calleja

emplearse, juntas o separadas, para hacer salsas.

En fin, Marta llevó una ensalada, y el viejo Kuno, un plato de huevos. En el momento de ponerlos sobre la mesa, el jovial servidor fingió dar un paso en vago, y dejó caer los huevos; las carboneras lanzaron un grito al ver el accidente: creían todos los huevos rotos y perdidos; pero estaban duros, y Kuno los recogió y colocó otra vez en el plato. La señora los despojó de la cáscara, los cortó a rebanadas, y los puso sobre la ensalada, que no fué menos saboreada que lo demás.

Terminado el desayuno, las carboneras contemplaron el gallo y las gallinas que la señora les destinaba.

—¡Qué felicidad!—decían a sus maridos y a sus hijos.—¡Dentro de poco podremos comer huevos muchas veces en la semana! La señora nos ha dicho que una gallina pone de doce a

Los huevos de pascua

quince cada mes, aunque no todos los meses.

La experiencia las hizo estar más contentas con su nueva adquisición.

«Estas aves—decían—son el don más precioso que Dios ha hecho al hombre: fácil es ver que están criadas para que vivan con nosotros, pues permanecen constantemente en casa o se alejan muy poco; de noche vuelven por sí mismas, y esperan a la puerta o a la ventana a que se les deje entrar. Y no sólo son de utilidad grande, sino que cuesta poco alimentarlas; ni ocasionan grandes gastos, ni dan cuidado. Echaduras, desperdicios de las legumbres y verduras, todo lo que se arroja como inútil, es bueno para alimentarlas. Más aún: de la mañana a la noche andan escarbando en derredor de la casa buscando qué comer; y así, multitud de granos, que se perderían al tiempo de la cosecha, son útiles al hombre: las

Cuentos de Calleja

gallinas los aprovechan, y nos dan huevos en cambio. La viuda más pobre puede sostener una gallina, y el huevo que de ella recibe mañana es, en su desgracia, una limosna diaria.

Tampoco hay que temer que se pierdan los huevos, porque en el momento en que la gallina los pone se lo advierte a su ama con alegre cacareo.

Los padres de familia, por su parte, no se felicitaban menos de la vigilancia de los gallos, cuyo agudo canto servía de despertador a los perezosos y de estímulo a los que empezaban temprano su trabajo.

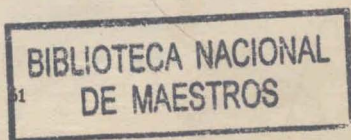
—Cuando voy a trabajar al rayar el día—exclamaba uno de los carboneros,—y oigo cantar el gallo, se me alegra el corazón: me parece que esta ave me felicita por mi diligencia, y me estimula a emprender mi tarea.

—Y yo —añadió otro,—cuando le oigo estando en la cama, me figuro

Los huevos de pascua

que me echa en cara mi pereza, y me levanto en seguida, con propósito de no merecer al día siguiente la misma reprimenda.

La generosidad de la dama produjo, pues, excelentes efectos: suministró a los habitantes del valle un alimento de que carecían, y excitó en ellos el amor al trabajo.



CAPÍTULO VI

LOS HUEVOS DE PASCUA

EL otoño pasó, y dejó su puesto al invierno, que fué largo y riguroso en aquellos parajes. Las pobres cabañas permanecieron como sepultadas en la nieve durante muchos meses, y sólo se distinguían la parte superior de los techos y las extreminades de las chimeneas sobre aquel espeso velo esparcido por encima de la Naturaleza entera. Todo había desaparecido, desde el fondo del valle hasta la cúspide de las colinas. El molino no hacía oír ya su acompasado ruido; las cascadas permanecían mudas, suspendidas en las puntas de las rocas; cesaron los trabajos y los placeres al aire libre:

Cuentos de Calleja

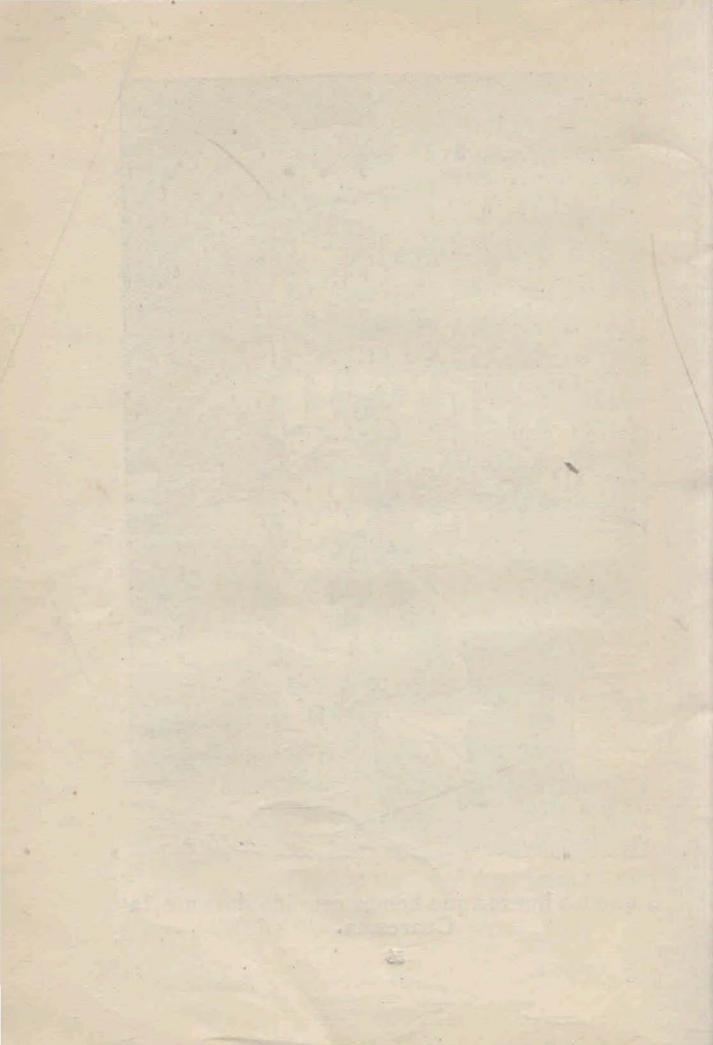
apenas era posible reunirse en aquella estación triste y enemiga del hombre.

La dama y sus hijos sufrieron mucho a causa del frío, no estaban acostumbrados a un clima tan riguroso; sin embargo, se habituaron poco a poco, y a los dos meses desafiaban a las nieves y los hielos como los demás habitantes de la montaña.

El frío disminuyó; la nieve comenzó a derretirse a fines de Febrero; Marzo vino, y con él, las primeras violetas; luego, las otras flores de Abril. Los chicos de la aldea recorrían el bosque, los prados y las montañas para buscar en ellos flores tempranas, hacer ramilletes y llevárselos a Edmundo y a Blanca. Luego que llegó completamente la época de las flores, los chicos, siempre complacientes, tejieron frescas guirnaldas, y fueron a ofrecérselas a la señora, la cual agradeció en extremo su intención.



...que los huevos que hemos reunido durante la
Cuaresma.



Los huevos de pascua

—Yo quisiera manifestar mi gratitud a estos niños—dijo un día a Marta y a Kuno,—y festejarlos el día de Pascua; es un día hermoso para todos los cristianos, y es bueno que los niños aprendan a verlo llegar gozosos. Desgraciadamente, no sé qué pueda ofrecerles que les sea agradable; aun no hay hojas; nuestras provisiones de manzanas y nueces están ya agotadas; casi no tenemos otra cosa que los huevos que hemos reunido durante la Cuaresma. (En aquel tiempo no era aún permitido comer huevos en los días de abstinencia, por no disfrutarse de los beneficios de las Bulas que ahora tenemos.)

—Hace usted tan buenas cosas con los huevos—dijo Kuno,—que bien puede regalarlos con ellos.

—No es eso lo que me preocupa; pero desearía darles algo que se llevarasen.

Cuentos de Calleja

—Les daremos huevos duros, señora; sus madres no pueden hacer aún que los coman con frecuencia, y, además, están privados de ellos desde el miércoles de Ceniza.

—Tienes razón; tanto les gustará llevar en sus bolsillos huevos, como manzanas, cerezas o ciruelas.

—Pero, desgraciadamente, los huevos no tienen los colores vivos y variados de esas frutas, y yo creo que esto sería lo que más les agradase —repuso el anciano servidor.

—Esa idea es muy feliz, Kuno —respondió la dama; —los huevos agrada-rán más a los niños, si puedo conseguir darles color; voy a probar hacerlo.

La señora, que era muy instruída, había ensayado ya servirse para el tinte de algunas raíces y de diversas tierras del país; conocía por experiencia los ocres rojos y amarillos; había

Los huevos de pascua

recogido en su tiempo pastel y otras plantas. Hizo, pues, hervir huevos hasta que estuvieron duros, y los tiñó de diversos colores haciéndolos cocer de nuevo en materias colorantes; también hizo que algunos estuviesen matizados de diferentes colores, a cuyo efecto los envolvía en una hoja verde antes de sumergirlo en el tinte. En fin, conservó otros completamente blancos, y trazó en ellos una sentencia en caracteres bien legibles.

El molinero, que era el vecino más inmediato, había sido puesto en la confianza, y admiraba aquella manera ingeniosa de dar valor a los más pequeños regalos.

—En esto sois como Dios, señora, que no se contenta con dar a sus hijos frutos deliciosos, sino que los adorna con los más bellos colores. ¿Qué cosa hay más hermosa que un albérchigo matizado, una pera amarilla como el

Cuentos de Calleja

oro, o un cesto de cerezas purpurinas o de ciruelas azules? Lo mismo hace usted; da a los niños huevos agradables al paladar, y los adorna con colores que encantan la vista; ahí los hay encarnados, blancos, amarillos y de todos los colores.

—¿Y las sentencias? —dijo el anciano servidor.

—Esas valen mil vecés más—replicó el molinero:—son la moral cristiana en compendio.

Todos los niños habían sido convidados para el día de Pascua después de misa; esta fiesta solemne, que, como se sabe, es movable, se celebraba aquel año hacia fines de Abril. Hacía un mes que la primavera ejercía su benéfica influencia. El Sol era ya fuerte, y deramaba su dulce calor en toda la comarca; el cielo estaba despejado; los pájaros preparaban sus nidos, y celebraban con sus cantos el regreso de

Los huevos de pascua

los céfiros. Una hierba finísima y flores brillantes tapizaban la montaña; los árboles se revestían de tiernas hojas, o se cubrían de corolas blancas y rosadas. Todo, en fin, parecía renacer a la vida, despojándose en aquel día de la funeral mortaja en que el invierno lo había envuelto, para celebrar la Resurrección del Salvador del mundo.

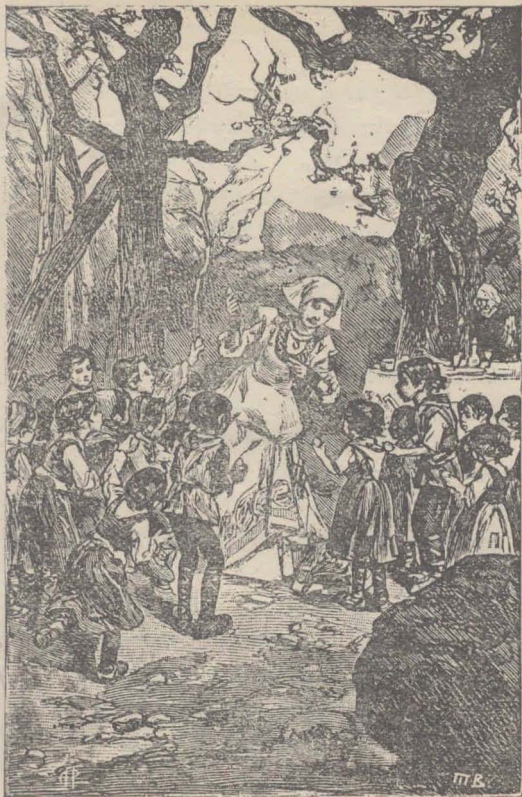
La dama, sus hijos y sus criados fueron a la capilla; allí, el anciano servidor y su ama, arrodillados uno al lado del otro delante del altar sagrado, se alimentaron con el Pan de los ángeles, mientras Marta y los dos niños oraban con dulces lágrimas suplicando al Señor los hiciese dignos de recibir pronto el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Después de haber cumplido sus deberes para con Dios, toda la familia se encaminó de nuevo a la casita. Poco tardaron en llegar todos los chi-

cos del valle, los cuales se pusieron a jugar con Edmundo y Blanca en tanto que se preparaba el desayuno; cuando todo estuvo dispuesto, el retozón enjambre fué introducido en el jardín, donde se posó en derredor de una mesa.

Les llevaron primero una exquisita tortilla con chicharrones, plato substancioso y muy a propósito para interrumpir el ayuno de la Cuaresma. En seguida les presentaron un plato de huevos moles bien azucarados, de que se sirvió a todos una buena porción.

Cuando se hubo calmado un poco el apetito, la dama les refirió la tierna historia de la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, y su Resurrección el día de Pascua; luego les propuso, a fin de dar tiempo para que sirviesen, ir a pasear un ratito en el bosque inmediato; todos corrieron a él. Cuando hubieron llegado, les indicó la dama que



...y la turba infantil lanzó gritos de alegría...

Los huevos de pascua

cogiesen musgo, ramitas y alguna hierba, y que construyese cada uno un nido como el de los pájaros; inmediatamente pusieron manos a la obra, que quedó terminada en poco tiempo. Entonces les dijo la señora que cada cual marcase el suyo, y los colocasen todos en línea.

Volvieron después al jardín, y la turba infantil lanzó gritos de alegría al ver sobre la mesa un hermoso pastel en un plato, y varios cestos con frutas secas; se pusieron a comer de nuevo, y terminaron entonando algunos cánticos.

Mientras esto tenía lugar, Marta se había internado en el bosque sin ser vista, y había colocado en cada nido alguna cosa de las que llevaba en un canasto debajo del brazo.

Cuando la señora la vió volver, dijo:
—Vamos al bosque, amiguitos, a

ver si algún pájaro ha puesto en vuestros nidos.

Los chicos se echaron a reir, pero no por eso dejaron de hacer lo que se les decía. El primero que fijó los ojos en su nido exclamó con la mayor sorpresa y con el acento de una ingenua alegría:

—¡Ah; hay seis huevos en mi nido: cinco amarillos y uno blanco!

El segundo. —Pues mira los míos: uno, dos, tres, cuatro, cinco...; ¡seis también! ¡Y son encarnados como cerezas!

Un tercero: —¿Y los míos? ¡Son azules como el cielo!

Otro: —Sí; pero los míos son jaspeados de todos los colores.

Cada niño tiene en su nido cinco huevos de un color, y el sexto blanco y con una sentencia.

—¿Qué pájaro pone estos huevos tan bonitos?—preguntó uno de los chicos.

Los huevos de pascua

—¡Debe de tener un plumaje bien brillante! —añadió una de las niñas.

—No—dijo Edmundo riendo;—acabo de ver ahora una liebre que huía: ella es la que ha puesto los huevos encarnados.

—¡Vaya! — exclamaron todos los chicos prorrumpiendo en carcajadas.

— *¡La liebre pone los huevos encarnados!*

Aquella broma fué referida en el valle, se extendió de allí a otros puntos, y hoy se repite en muchas provincias.

La dama estaba en extremo alborozada por la alegría de sus convidados, y les proporcionó un nuevo placer sugiriéndoles la idea de hacer cambios entre sí; poco tiempo después cada uno tenía cinco huevos de color diferente, además del blanco con la sentencia.

CAPÍTULO VII

LAS SENTENCIAS

EDMUNDO, que ya leía bastante bien, quiso descifrar lo que estaba escrito sobre su huevo blanco; después de algunos momentos leyó:

«Debemos ayudarnos unos a otros: así lo exige la Naturaleza.»

Los demás niños se admiraron mucho, porque en aquellos tiempos eran raras las personas que sabían leer: sólo había escuelas en las grandes ciudades, y no era fácil ser admitido en ellas. En el valle todos ignoraban absolutamente esta preciosa ciencia.

Uno de los chicos se dirigió a la señora, y le rogó que le leyese su sentencia; los otros acudieron también, y

Cuentos de Calleja

rodearon a la dama, la cual leyó estas palabras:

«Dios es quien nos alimenta: no olvidemos darle gracias por ello.»

— Esta sentencia os recuerda, amigos míos—añadió,— que habéis faltado en alguna cosa.

— Sí, señora —respondió el mayor de ellos; — en medio de nuestra alegría, nos hemos olvidado de dar gracias a Dios por los manjares que nos ha regalado.

— Todavía es tiempo —añadió la dama; — arrodillaos, y recitad la oración que voy a deciros.

Los niños se pusieron de rodillas, y repitieron las palabras de la señora.

Luego desearon los niños que fuesen leídas todas las sentencias. Eran las siguientes:

1. Amad a Dios: esto es la única cosa necesaria.

Los huevos de pascua

2. Huid del pecado, porque Dios lo ve todo.

3. Dios es quien nos alimenta: no olvidemos darle gracias por ello.

4. Un corazón agradecido se eleva hasta el Cielo.

5. Confiad en Dios, porque Él nos ayuda en nuestras necesidades.

6. Separarse de Dios, es correr a la muerte.

7. Si amáis a Jesús, haced lo que Él os enseña.

8. Trabajad y orad para conseguir ser sabios.

9. Sed buenos y puros, porque estos son muy ricos bienes.

10. ¡Feliz el niño bien educado que sabe obedecer!

11. El orgullo conduce a la muerte: por él cayeron algunos ángeles.

12. Un corazón sencillo es fuente de vida para el hombre.

Cuentos de Calleja

13. Cuando te ruborizas, niño, es porque Dios te ve.

14. La pureza de corazón brilla en el rostro.

15. El traje más rico es la modestia y el pudor.

16. El mentiroso no es creído ni aun diciendo la verdad.

17. La baja hipocresía es un veneno mortal.

18. El pan bien ganado da frescura al rostro.

19. Los excesos producen hastío y pena.

20. El perezoso se adormece en los brazos del hambre.

21. Quien vive sólo para sí, no es digno de la vida.

22. A veces tenemos necesidad de uno inferior a nosotros.

23. Cuando dais, da Dios por vuestras manos.

Los huevos de pascua

24. Dios no niega cosa alguna a los ruegos del justo.

25. La bondad gana los corazones mucho mejor que el oro.

26. El lecho más blando es un alma tranquila.

27. Obra bien, y tu corazón se llenará de júbilo.

28. No entristezcas al pobre, porque es poderoso en el Cielo.

29. El placer pasa pronto: sólo la virtud es eterna.

30. Una santa corona está reservada al justo en el Cielo.

Cuando concluyó de leer todas las sentencias, la señora enseñó a cada niño a que aprendiese de memoria, comprendiese y recitase la suya, en cuya tarea la ayudaron Edmundo, Blanca y el anciano Kuno.

—Ahora sólo os queda, amigos míos, transmitiros unos a otros lo que acabáis de aprender: esto lo conseguiréis

Cuentos de Calleja

con un poco de complacencia, enseñando cada uno a sus camaradas su sentencia, y de este modo en poco tiempo las sabréis todas, y habréis cumplido con el precepto que dice:

«Debemos ayudarnos unos a otros: así lo exige la Naturaleza.»

En aquel momento llegaron la mayor parte de los habitantes del valle, que venían para asistir a los juegos de sus hijos.

Estos corrieron al encuentro de sus padres, y les recitaron sus sentencias. Pero, como deseaban oírlas todas, la señora llamó por turno a cada uno de los niños, y se las hizo recitar en alta voz, lo cual ejecutaron algunos con bastante soltura.

—Señora—exclamó el molinero—, más ha enseñado usted a estos niños en dos horas que ellos habrían aprendido en seis meses; cada uno sabe una sentencia, y en poco tiempo las sa-

Los huevos de pascua

brán todas; entonces tendrán en la memoria una regla segura de conducta, y no pecarán por ignorancia. En esto ha hecho usted un gran servicio a todo el valle.

La dama sonrió y admiró, aunque sin decir una palabra, el buen sentido de aquel hombre, cuyas previsiones no tardaron en realizarse. Un mes después el niño o niña más pequeño del valle se habría avergonzado de no saber de memoria todas las sentencias de la señora forastera: los padres las aprendieron también a fuerza de oírlas; y cuando tenían que reprender alguna falta a uno de su familia, nunca lo hacían de otro modo que recordándole la sentencia que tenía relación con la falta cometida. El padre o la madre no tenía más que pronunciar las primeras palabras de la sentencia: el niño la terminaba, y hacía inmediatamente lo que era justo. ¿Se trataba

Cuentos de Calleja

de pereza? El padre decía con tono severo: *el perezoso se adormece...*, y el niño añadía: *en los brazos del hambre*, y corría a trabajar. ¿Mostraba decir una mentira? La madre le decía: *El mentiroso no es creído...*, y el niño añadía: *ni aun diciendo la verdad*, y confesaba la que había querido ocultar.

Ocurrió que uno de ellos, sabiendo perfectamente todas las sentencias, no se enmendaba; a ese le recordaban otra sentencia que la señora había enseñado al padre de otro chico que tenía muy buena memoria, pero que descuidaba corregirse de sus faltas.

Decir bien y saber mucho, poco valen si obras mal.

Estas lecciones produjeron sus frutos, pues los niños del valle se hacían notables por su prudencia y su moralidad: la semilla había caído en buena tierra.

CAPÍTULO VIII

LOS HUEVOS QUE VALEN TANTO ORO
COMO PESAN

MIENTRAS los niños recitaban en alta voz sus sentencias, la señora advirtió que se había mezclado entre los espectadores un joven viajero de quince a dieciséis años, y a quien nadie conocía, al parecer: estaba vestido con sencillez; sus maneras eran amables, parecía hallarse muy triste, y sus hermosos cabellos rubios, que le caían sobre la espalda, aumentaban la dulzura de su fisonomía.

Cuando todos se hubieron retirado, la señora, acercándose al joven, le preguntó si necesitaba alguna cosa, y qué casualidad le hacía encontrarse en aquel paraje tan retirado.

Cuentos de Calleja

—Voy de camino, señora—respondió el joven—; atravesaba estas montañas, y temo haberme extraviado. Me han atraído hacia este sitio las risas y voces de alegría de todos esos niños, y me he detenido contemplando durante algunos momentos a esos seres afortunados, con el objeto de distraer el pensamiento de mis infortunios.

¿Qué desventura ha experimentado usted, siendo tan joven?

—La mayor de todas: he perdido a mi padre. Era un pobre picapedrero, cuyo trabajo bastaba apenas para alimentar a mi madre, a mi hermana y a un hermanito pequeño. Esta muerte nos ha dejado sin recursos. Mi hermana ha entrado como aprendiz en casa de un pariente nuestro, y yo voy a casa de un hermano de mi padre, picapedrero también, que ha consentido en recogerme hasta que yo pueda con

Los huevos de pascua

mi trabajo ganar para sostener a mi pobre madre.

—¿Vive lejos de aquí ese tío?

—Veinte leguas más allá de estas montañas: estoy a la mitad del camino solamente, pues llevo andadas veinte leguas desde la ciudad donde habita mi madre.

La señora hizo algunas otras preguntas a aquel joven, que dijo se llamaba *Felipe*, y manifestó en sus respuestas tanto cariño a su madre y tanta pena por la muerte de su padre, que la dama se afectó hasta derramar lágrimas. Instó al joven para que entrase en su casa, e hizo que le sirviesen leche y un trozo de pastel, y le dió algunas monedas de plata para que se las enviase a su madre.

Los dos niños no estaban menos enternecidos: lloraban al ver las lágrimas del joven. En el momento de volver a emprender su marcha, Edmundo le dió un hermoso huevo azul.

Cuentos de Calleja

—Toma—le dijo—; envíaselo a tu hermanito, y dile que venga a vernos: comerá con nosotros crema y pasteles.

—Yo te doy este huevo encarnado para tu hermana—añadió Blanca—: cuando la veas; abrázala de mi parte. Quisiera dar mi hermoso huevo donde hay una sentencia; pero mamá me ha encargado que lo conserve. Yo le diré que te dé otro.

—Bien, hija mía; y escribiré el mejor consejo que puedo dar a su madre.

Entonces tomó la pluma, y escribió:

«Quien pone en Dios su confianza, y
»espera todo de su bondad, será con-
»solado en su infortunio, y verá el tér-
»mino de sus sufrimientos.»

—Felipe—dijo entregándole el huevo—, si vuestra madre se penetra bien de esta máxima y se conforma a ella en un todo, este huevo tendrá para

Los huevos de pascua

ella más valor que el diamante de más precio.

El joven dió gracias a aquella benéfica familia, puso sus provisiones en un morralillo que llevaba a la espalda, y emprendió nuevamente su camino, siguiendo la dirección que el molinero le indicó. Aquella noche durmió en casa de unos pobres campesinos, y al amanecer del otro día continuó su marcha.

Estaba aún en medio de la montaña, y el camino serpenteaba por entre barrancos y rocas, cuando de repente llegó a oídos de Felipe el relincho de un caballo. Miró en su derredor; pero nada vió. Un segundo relincho le hizo mirar hacia un precipicio de donde parecía salir, y vió un hermoso caballo negro, que fijaba en él sus miradas como si quisiera implorar su socorro.

—¡Cosa singular! —pensó Felipe—.
¿Cómo ha podido llegar ese caballo,

Cuentos de Calleja

sin matarse, hasta el fondo de esa sima espantosa? Alguien le montaba sin duda: voy a cerciorarme de si ha ocurrido alguna desgracia al dueño de ese pobre animal.

Entonces comenzó a llamar a grandes voces; nadie respondía.

—Quizá está herido—pensó el compañero joven—; no puedo dejar sin socorro a uno de mis hermanos en Jesucristo: probaré si puedo bajar hasta allí.

Hizo durante mucho tiempo vanos esfuerzos para conseguirlo; pero al fin encontró el cauce seco de un torrente, y, agarrándose a las piedras, a las raíces y a algunas ramas de arbustos, consiguió llegar sin accidente adonde estaba el caballo.

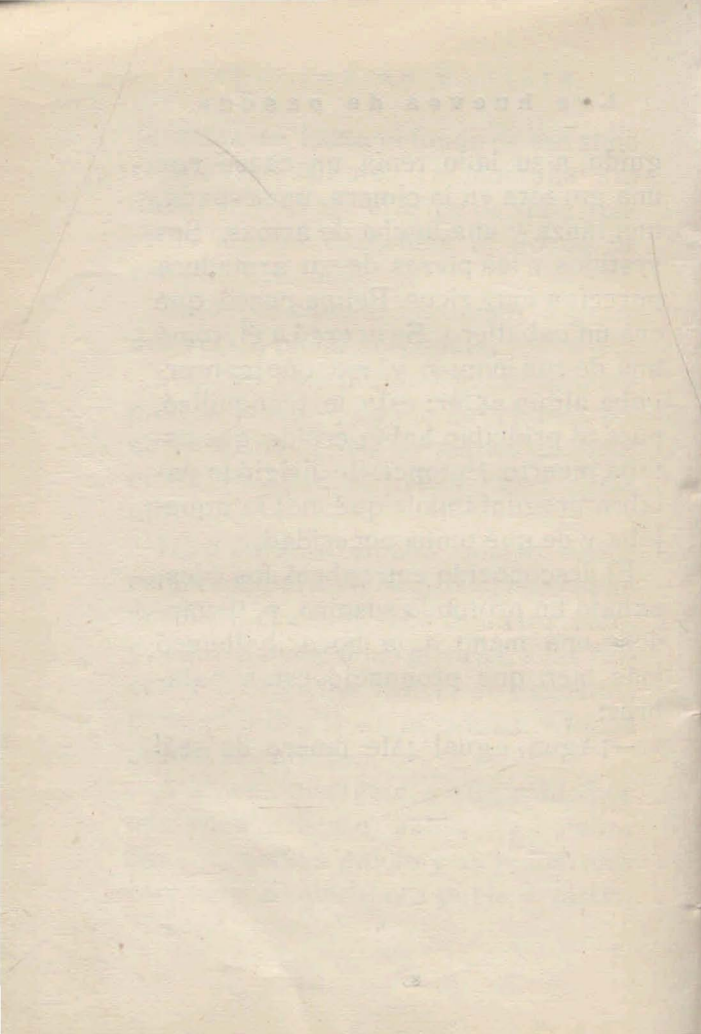
A alguna distancia, y amparado por una roca saliente, había un hombre tendido: estaba pálido y con los ojos cerrados. Su porte era noble y distin-

Los huevos de pascua

guido; a su lado tenía un casco con una garzota en la cimera, una espada, una lanza y una hacha de armas. Sus vestidos y las piezas de su armadura parecían muy ricos. Felipe pensó que era un caballero. Se acercó a él, tomó una de sus manos, y vió que conservaba algún calor: esto le tranquilizó, pues al principio había creído que estaba muerto. Entonces le dirigió la palabra preguntándole qué mal le aquejaba y de qué tenía necesidad.

El desconocido entreabrió los ojos, exhaló un profundo suspiro, y, llevándose una mano a la boca, balbuceó más bien que pronunció estas palabras:

—¡Agua, agua! ¡Me muero de sed!



CAPÍTULO IX

BENEFICIO POR BENEFICIO

FELIPE tomó el casco del guerrero herido, y corrió en busca de un manantial. Por fortuna, divisó a alguna distancia unos viejos sauces, y su verde follaje le dió a conocer que no lejos de allí corría algún arroyo. En efecto; poco tardó en descubrir una corriente de agua que brotaba de una roca cubierta de musgo: llenar el casco y volver al lado del extranjero, fué cosa de momentos. El desconocido bebió con avidez y repetidas veces: aquel refresco pareció volverle las fuerzas. Alzó los ojos hacia el que acababa de socorrerle, y le dijo:

—¡Dios te bendiga, buen joven!: acabas de salvarme la vida. La sed me

devoraba; una hora más, y todo hubiera concluído para mí. ¿Dependerá de ti el concluir tu buena obra? Tengo casi tanta hambre como sed: ¿no tendrías algo que darme?

—¡Oh, qué desgracia, Dios mío! —exclamó el chico—; mi morral está vacío. Si yo hubiese podido prever... Pero aguardad: una señora benéfica me ha regalado tres huevos para enviarlos a mi madre; no temo que esto le ocasione ninguna privación, porque si ella estuviera aquí, sería la primera en ofrecérselos. Es alimento sano y agradable, y os será tan útil como cualquiera otro.

Al pronunciar estas palabras, se sentó sobre la hierba al lado del desconocido, y sacando del morral los tres huevos, despojó a dos de la cáscara, los cortó en trozos, y los ofreció al guerrero, que, hostigado atrozmente por el hambre y por la sed, comió y bebió con sin igual placer.

Los huevos de pascua

Felipe se disponía a romper el tercer huevo, que era el blanco que tenía la sentencia.

—¡No, no!—le dijo el enfermo—; basta para la primera comida que hago después de dos días: el menor exceso sería funesto. Guarda ese tercer huevo para tu madre, a quien está destinado; vuelve a ponerlo en tu morral. Pero déjame examinarlo antes: me parece ver en él escrita alguna cosa. ¡Hola: es una sentencia!

El desconocido la leyó en voz baja.

—¡Oh; esto es cierto para todos los hombres sin excepción! Sobre todo para mí, a quien Dios acaba de salvar por un milagro de su bondad; ¡sí, sí!

«Quien pone en Dios su confianza, y lo espera todo de su bondad, será consolado en su infortunio, y verá el término de sus sufrimientos.»

Escucha joven, el relato de los males que acabas de aliviar: debo reve-

Cuentos de Calleja

lártelos por esta razón. Escucha, y verás cuánta verdad se encierra en la sentencia escrita sobre ese huevo.

—Hablad, noble caballero; escucho con atención.

—Yo no soy caballero; soy escudero de un señor rico, valiente y poderoso. Me había encargado de una misión importante, y anteayer, al atravesar estas montañas, me he extraviado. Cuando llegó la noche, me encontré en un paraje desconocido, lejos de toda habitación; faltándome el día, no me era posible dirigir mis pasos, dejé caer la brida sobre el cuello de mi caballo, y me abandoné a su instinto, lo cual no le bastó para conducirse, y caímos precipitados en esta hondonada. Por un verdadero milagro no se hizo mal alguno; yo me preservé con la armadura, aunque creo tener un pie lastimado. El aturdimiento de la caída me hizo estar largo tiempo en tierra.

Los huevos de pascua

A la mañana siguiente me repuse un poco, sentí fuertes dolores en el pie, y tuve necesidad de desembarazarme de mi calzado de hierro. Sin embargo, no podía levantarme ni andar, y sólo pude arrastrarme hasta aquí con mucho trabajo. A eso de mediodía me hallé un poco mejor, no obstante que la falta de alimento había disminuído mucho mis fuerzas, por lo cual me era imposible trepar por los bordes de este precipicio. Me volví a acostar, atormentado por el hambre y la sed: así pasé lo restante del día y toda la noche, hasta que al fin perdí el conocimiento. Sin tu humanidad, amigo mío, habría muerto indudablemente antes de ponerse el Sol. El postrer cuidado mío antes de desmayarme fué elevar mi alma a Dios, y llamarle en mi socorro, que no se hizo esperar.

¡Cuál no ha sido, pues, mi admiración al leer en ese huevo que acabas

Cuentos de Calleja

de ofrecerme, una máxima cuya verdad me hace comprender tan bien mi funesto accidente y mi milagrosa salvación!

Pero ahora te toca a ti: dime qué feliz casualidad ha podido traerte a este desierto para salvarme de la muerte.

Felipe refirió entonces su sencilla historia al escudero, cuya admiración se aumentó al escucharle.

¿Cómo! ¿Esos huevos los habías tu recibido, amigo mío, de una señora a quien no conoces y de sus hijos? ¡Benditos seáis, buenos niños!: creísteis dar una bagatela a este joven, y le habéis dado mi vida. Y vos, dama caritativa, habéis creído dar un consejo que acaso desdeñarían seguir, y ese consejo, acogido por mí en la situación en que me hallo, produce en mi mente una impresión que no se borrará jamás.

Ahora, mi querido Felipe, te ruego

Los huevos de pascua

que me cedas ese huevo; tu negativa me causaría un gran pesar. Yo me encargo de hacer llegar a manos de tu madre otro igual, sobre el cual haré gravar la sentencia en caracteres de oro. Pero debo conservar éste que ha sido testigo de mi salvación milagrosa: quiero que sea conservado en mi familia, a fin de que sea para mis hijos y mis nietos una prenda preciosa de la bondad divina, y una prueba sensible de la verdad de estas palabras: «Cuan-to pidaís en mi nombre y con fe, si conviene, os será concedido.»

El joven cedió, aunque con pena, a las instancias del escudero.

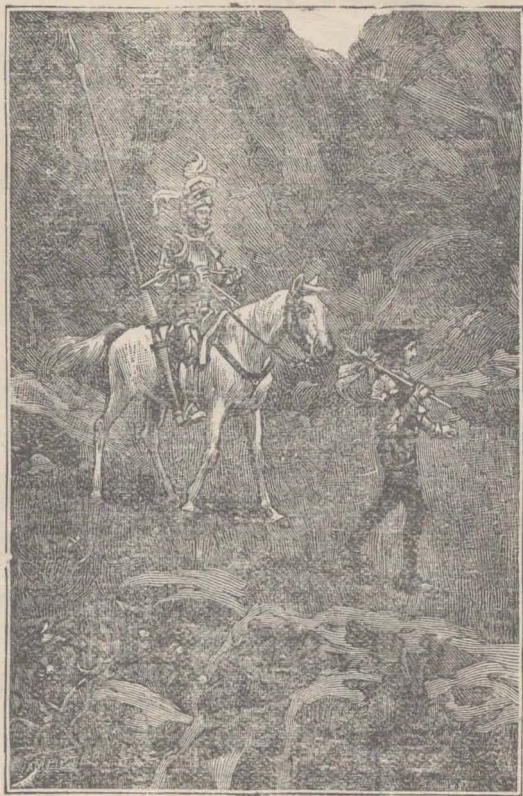
En seguida conferenciaron acerca de los medios que podían emplearse para sostenerse de pie; pero andaba con dificultad, y no podía subir por las rocas. Felipe llegó al fin, a fuerza de buscar, a descubrir una especie de senda, por la cual creyó que el caba-

llo podría subir; ayudó a montar al herido, y, llevando al pobre animal de la brida, consiguieron después de innumerables esfuerzos llegar todos tres a lo alto de la profunda sima. Era cerca del mediodía.

—No debemos de encontrarnos a más de cuatro leguas de la casa de mi tío—exclamó Felipe—: si queréis, os llevaré allá; estoy seguro de que os recibirá bien, y no os faltará ninguno de los cuidados que necesitáis.

La proposición fué aceptada con alegría, y cuatro horas después Felipe abrazaba a su tío, y le refería la aventura que le había hecho presentarle aquel huésped.

—¡Bien, bien, sobrino mío!—exclamó el picapedrero—. No comprendo bien tu historia de los huevos de todos colores; pero veo que has salvado la vida a ese valiente caballero, y eso me basta para decir en alta voz que eres un buen chico.



...y llevando al pobre animal de la brida...

...y llevados al puerto de San Juan...

Los huevos de pascua

Como Felipe esperaba, el tío acogió con la mayor cordialidad al herido. Después de haber hecho que un médico le examinase el pie, le instaba a que se acostara en su propia cama. El herido se oponía a ello cuanto le era posible; mas al fin le fué necesario ceder, no hallando qué responder a las palabras de aquel buen hombre.

—Un huésped y un enfermo tienen derecho al mejor asiento en la mesa y a la mejor cama; el mío os corresponde de derecho por dos razones; y si os lo debo por las dos, poco es que lo aceptéis por una.

Algunos días después el herido se encontraba ya en estado de continuar su camino. Al despedirse del picapedrero, le entregó tres monedas de oro diciéndole:

—Esto es un pequeño regalo a cuenta de lo que debo a vuestro sobrino; haced que lo acepte después

que yo me haya marchado; en cuanto a vos, contad con mi sincera amistad.

—Acepto por mi sobrino, porque estoy seguro del uso que hará de este dinero. Acepto también por mí, y tened por cierto que podéis contar con la mía.

Felipe se alegró cuanto no podríamos encarecer al verse poseedor de una suma que aseguraba por un año la subsistencia de su madre; se apresuró, pues, a hacerla llegar a sus manos, acompañada de una larguísima carta que un sabio del pueblo le dictó. En ella le contaba todas sus aventuras, y no omitía, por de contado, hacerla saber que la noble señora, al darle el huevo con la hermosa sentencia, le había dado las tres monedas de oro que iban a hacer cesar las inquietudes de su madre.

CAPÍTULO X

HISTORIA DE LA EXTRANJERA

VOLVAMOS de nuevo al valle. La primavera y el verano pasaron sin acontecimiento alguno notable, y la situación de la extranjera era siempre la misma. Sus hijos crecían: educados e instruídos por ella, imitaban ya sus virtudes y sus buenas obras, y se habían propuesto enseñar a leer a la hija del carbonero. Ambos, así como su discípulo, hacían grandes esfuerzos para conseguirlo, y Marta comenzaba ya a deletrear. Edmundo gozaba al ver estos progresos, que eran obra suya, y decía a su madre:

—No es fácil ni divertido enseñar a leer; pero me anima el pensar que, cuando Marta sepa, será capaz de enseñar a los otros niños del valle; de este modo habré sido yo útil a todos.

Cuentos de Calleja

Pero si la noble señora no tenía por parte de sus hijos sino motivos de alegría, los tenía de pena en otros conceptos. Cada vez que Kuno volvía de algún viaje, le refería sin duda algunas noticias desagradables, porque entonces parecía más triste que de ordinario. Para colmo de penas, el buen servidor cayó gravemente enfermo; el mal fué largo, y la convalecencia, más. Su ama le cuidó como si hubiera sido su padre; lloraba muchas veces viendo sufrir a aquel buen anciano que se había mostrado tan fiel y tan adicto en su desgracia; gemía al pensar que desde tanto tiempo había, y acaso por mucho más aún, estado privada de aquellas noticias que tanto la interesaban, y que quizá le sería necesario acabar su vida en aquel valle, lejos de su país y de las personas que amaba.

Como una desgracia no viene jamás sola, una mañana fué el molinero a

Los huevos de pascua

decir a la señora que la noche anterior había tenido lugar un extraño acontecimiento.

—Unos carboneros—dijo—que estaban ocupados en su trabajo, han visto extranjeros armados de corazas y con la lanza en ristre correr hacia ellos; les han dicho que formaban parte del séquito de un poderoso señor que estaba acampado a una legua de allí con sus soldados; han tomado informes de cuanto pasaba en el país, y han preguntado repetidas veces si no habían visto extranjeros por aquí de algún tiempo a esta parte.

—¿Han dicho el nombre de su jefe?—preguntó la señora.

—Le llaman Hannon de Sufret—dijo el molinero.

—¡Gran Dios, proteged a mis hijos! Es nuestro mayor enemigo.

—¡Cómo, señoral

—Sí: él es quien me ha obligado a

Cuentos de Calleja

huir del castillo de mi marido. Habrá descubierto sin duda mi retiro, y viene a arrancarme de él. ¿Pensáis que los carboneros hayan hablado de mi permanencia aquí delante de esos emisarios?

—Quienquiera que seáis, señora, no temáis cosa alguna; estáis aquí bajo nuestra protección, y ninguno de nosotros permitirá que se os haga el menor daño. En cuanto a esos soldados, no tenéis por qué temerlos; los carboneros me han contado palabra por palabra su conversación, y por ella veo que tanto ellos como su jefe temen a otros guerreros que los persiguen, y se ocupan más en su propia salvación que en incomodar a los demás.

—Vuestras palabras me tranquilizan; pero veo que es tiempo de que me confíe a vuestra lealtad. Cuando mi perseguidor ha llegado hasta aquí, menester es que hayan ocurrido gra-

Los huevos de pascua

ves acontecimientos: acaso ha llegado ya el momento de obrar.

—Hablad, señora; escucho con la mayor atención, y procuraré hacerme digno de la confianza de una persona cuyas virtudes y dignidad revelan bien su nobleza.

—Yo soy Rosalinda, hija del duque de Borgoña; poco antes de morir, quiso mi padre casarme. Entre los caballeros que pedían mi mano, sólo dos podían esperar obtenerla: eran los condes Hannon de Sufret y Arno de Lidemburgo. Hannon era el señor más rico y poderoso de toda la comarca: poseía inmensos dominios y gran número de vasallos; pero las cualidades de su alma no correspondían a estas brillantes ventajas: era de un carácter bajo y cruel. Arno era el más noble y más valiente caballero del país, pero pobre en comparación con Hannon, pues sólo había heredado de su padre

Cuentos de Calleja

un castillo ruinoso, y no había pensado jamás enriquecerse por la violencia. Mi elección entre ambos pretendientes no era dudosa: mi padre me dejaba en completa libertad para escoger. Arno recibió, pues, mi corazón y un número considerable de castillos fortificados. Nuestra felicidad era completa.

Pero debía ser turbada muy pronto. Un odio implacable henchía el corazón de Hannon: puso guarniciones en la frontera cerca de la cual nos hallábamos, y desde allí hacía, cuantas veces le era posible, incursiones en nuestros dominios, y saqueaba todo el territorio que recorría. Mi esposo, que por deber seguía al Emperador en la guerra, no podía reprimir siempre estas tropelías. Sin embargo, un día que había vuelto inesperadamente, encontró a su enemigo que iba a atacar una aldea de nuestro territorio: trabóse una lucha, mi esposo dispersó a los

Los huevos de pascua

soldados de su rival, le hirió a él, y le hubiera hecho prisionero si no hubiese apelado prontamente a la fuga. Aquella derrota encendió más la cólera y la envidia de Hannon. Prolongó bajo diversos pretextos su permanencia en el país en vez de seguir al Emperador a la guerra contra los infieles; y aprovechándose de la ausencia de mi esposo, que se había incorporado nuevamente al Ejército, invadió nuestras tierras indefensas.

Temiendo caer tarde o temprano en manos de mi perseguidor, resolví retirarme a un paraje apartado, y vivir oculta en él hasta que regresara mi esposo. Después de haber caminado varios días durante los cuales me ví obligada a refugiarme más de una vez en los bosques, a fin de no encontrar a los arqueros de Hannon, que estaban esparcidos por la llanura, llegué a este valle.

Bien sabéis lo que ha sucedido des-

Cuentos de Calleja

de entonces: cada vez que he podido, he enviado a Kuno para que averiguase lo que pasaba en mis dominios, y sobre todo la posición de mi esposo. Tenía siempre el pesar de que llegaría a saber que mi perseguidor ocupaba mis castillos, y que el padre de mis hijos no había vuelto a presentarse en la comarca.

La llegada de Hannon a estos parajes me anuncia hoy algún acontecimiento importante. ¿Me busca? ¿Se encuentra él a su vez en la necesidad de ocultarse? ¿Ha sucumbido mi esposo, o hace que huya a su presencia mi perseguidor? Esto es lo que desearía averiguar, y para ello necesito de vos. Hace mucho tiempo que conozco vuestra piedad y vuestra prudencia; aconsejadme: ¿qué debo temer, y qué es menester que haga para salir de la terrible incertidumbre en que me encuentro, sin comprometer en lo más mínimo mi seguridad?

CAPÍTULO XI

EL RECONOCIMIENTO

EL molinero dió gracias respetuosamente a la condesa por la confianza que le manifestaba; y después de haber conferenciado ambos sobre lo que debía hacerse en aquellas circunstancias, se decidió que el hijo del molinero iría a la llanura para hacer las averiguaciones convenientes.

Decidióse también que, hasta que regresara, la condesa y sus hijos vivirían muy retirados, y que se recomendaría a los carboneros que no hablasen de ella, ni pronunciasen su nombre delante de ninguna persona desconocida que pasase por el valle o por los bosques.

El hijo del molinero se puso en camino al día siguiente. La condesa,

Cuentos de Calleja

encerrada en su cabaña con sus hijos, pasó unos días de amarga inquietud esperando con impaciencia que volviese el mensajero. El único consuelo que tuvo en tanta pena fué ver que la salud de Kuno mejoraba.

Al cabo de cinco días fué el molinero a anunciarle una noticia que la colmó de alegría.

— Señora — le dijo —, los hombres armados han desaparecido de la montaña; ayer, cerca de la noche, su jefe los hizo reunirse a toda prisa, y han huído más bien que se han retirado. No queda un solo extranjero en los alrededores.

La condesa quiso aprovecharse inmediatamente de la libertad que se le devolvía. Era el fin del otoño, uno de esos hermosos días en que un cielo despejado, un Sol de dulces rayos, y la verdura que empieza a matizarse de amarillo, parecen dar al hombre su

Los huevos de pascua

último adiós, huyendo ante el helado carro del largo y molesto invierno. Los niños, que se habían internado corriendo en el bosque, volvieron de repente a toda prisa, diciendo a su madre que habían visto un hombre de alta estatura, que parecía muy viejo, y que aquel hombre los había llamado.

—¿Cómo está vestido ese anciano, hijo mío?—preguntó la condesa.

—Mamá, trae un gran hábito pardo y una esclavina del mismo color cubierta de conchas, un sombrero de alas grandes con conchas más pequeñas que las de la esclavina, y un bastón grande muy nudoso. Tiene una barba blanca que le baja hasta la cintura.

—Ese es un peregrino, hijo mío; y en vez de huir a su vista, debías haberle hecho instancias para que viniese a nuestra cabaña a tomar algún aliento.

Al pronunciar estas palabras, la noble señora se dirigió al bosque, y tardó

Cuentos de Calleja

poco en encontrar al hombre de que su hijo le había hablado. Era alto, en efecto; su porte, majestuoso; su paso, firme. Se adelantó hacia la condesa, y dobló ante ella una rodilla: la señora, por su parte, le ofreció todos los auxilios que hubiera menester; pero al mismo tiempo examinaba sus blancas manos, que bajo aquel grosero traje revelaban un hombre de alta condición. La condesa temió que fuese un enemigo disfrazado.

El peregrino le dió las gracias por su generoso ofrecimiento, y procuró entablar conversación; mas al ver la desconfianza que dejaba percibir, mal de su grado, cambió de repente la conversación, y le dijo:

—Nada temáis, noble señora; no me supongáis siniestras intenciones, porque soy amigo vuestro y de vuestro esposo.

—¡Amigo mío! ¿Cómo podéis serlo? No os conozco.



El peregrino le dió las gracias...

Los huevos de pascua

—Posible es que no hayáis conservado ningún recuerdo de mis facciones; pero yo reconozco perfectamente en vos a la noble Rosalinda de Borgoña, esposa del conde Arno de Lidemburgo.

—¡Ah! Puesto que me conocéis, conoceréis también a mi esposo; decidme, os lo suplico, qué ha sido de él. Hace más de un año que ignoro si vive: no sé si debo volver a verle aún, o si estoy condenada a llorar eternamente.

—Tranquilizaos, señora; vuestro esposo ha vuelto de la guerra sano y salvo; ha arrojado al usurpador de sus bienes, y obligándole a esconderse a su vez. Nada falta ya a su felicidad sino veros a vos y a vuestros hijos; hace algunos días que me he separado de él: le oí manifestar la misma incertidumbre acerca de vuestra suerte, y el temor de que, si el Cielo había con-

servado vuestra vida, su larga ausencia no le hubiera ocasionado la pérdida de vuestro afecto.

—¡Qué decís! ¿Dudaría mi esposo de mi ternura?; ¿temería que yo fuese bastante injusta para acusarle de mis desventuras? ¡Ah! Si venís de parte suya, volved a su lado, y decidle que nada tengo que perdonarle; que ha cumplido su deber para con el Emperador y con Alemania, y que todos los males que he sufrido los he aceptado como enviados por Dios, que ha querido probar a su sierva. Pero ¡volvéis los ojos! ¿Dudáis de la veracidad de mis palabras? ¡Oh; fácil me será convencerlos! Mirad este retrato que llevo incesantemente conmigo, es el de mi esposo; vosotros, hijos míos—dijo a Edmundo y a Blanca—, venid, y repetid delante de este peregrino la súplica que dirigís a Dios todos los días por vuestro ausente padre.

Los huevos de pascua

Los dos niños se arrodillaron, cruzaron sus manos, y, alzando al cielo sus ojos, recitaron unidos esta oración:

«Dios Todopoderoso, y Vos, Jesús
»mío, consuelo de los afligidos, com-
»padeceos de dos pobres niños; traed
»a nuestro lado a nuestro querido pa-
»dre, preservado de todos los peligros
»que puedan rodearle en países extra-
»ños y apartados. Haced, Dios mío;
»que vuelva pronto a abrazarnos y a
»consolar a nuestra madre.»

— ¡Así sea, así sea! — exclamó la condesa elevando sus manos y sus ojos llenos de lágrimas, al cielo.

Al oír estas palabras, el peregrino, por un movimiento rápido, se despojó de su sombrero, al cual estaban adheridos su barba y sus cabellos postizos, dejó caer su tosco sayo, y se mostró con un brillante vestido de guerra. La noble belleza de su rostro era real-

zada por la alegría que le inundaba; abrió sus brazos ante la condesa, y exclamó:

—¡Venid; venid, seres queridos!
¡Rosalinda, reconoce a tu esposo!
¡Abrazad a vuestro padre, hijos míos!

La condesa se arrojó en los brazos de su esposo, y sólo se separó para colocar en ellos a sus hijos, los cuales, acordándose apenas de haber visto a su padre, admiraban tímidamente su hermoso traje, su majestuosa estatura y la nobleza de su fisonomía. Le llamaron mil veces padre, y no se cansaban de besar sus manos.

El conde dijo entonces a su digna esposa que hacía sólo dos días que conocía el sitio adonde se habían retirado; que en el momento se había puesto en camino con una numerosa escolta de la cual se separó a pie, y bajo el disfraz del peregrino, animado del deseo de reunirse más pronto a ella.

Los huevos de pascua

—Temía sorprenderte — añadió —, y he querido evitarte una emoción demasiado fuerte, preparándote a ver llegar el dulce momento que nos reuniese para siempre después de una separación tan larga como dolorosa.

—Pero ¿qué casualidad, o, más bien; qué milagro os ha hecho conocer nuestro retiro? ¿Cómo es que os he encontrado tan cerca de esta cabaña?

—La Providencia, querida esposa mía, ha hecho que sirva para nuestra felicidad lo que tú habías ejecutado para que promoviese la de otros. Esta pronta reunión la debemos a uno de tus beneficios, y es recompensa de ellos.

Al pronunciar estas palabras, presentó el huevo sobre el cual estaba escrita la sentencia:

«Quien pone en Dios su confianza, y lo espera todo de su bondad, será con-

Cuentos de Calleja

solado en su infortunio, y verá el término de sus sufrimientos.»

—Pero ¿qué casualidad ha podido hacer llegar este huevo a vuestras manos? Hace algunos meses que lo destiné a una pobre mujer que acababa de perder a su marido.

—Me lo ha dado Egberto, uno de mis escuderos. Mientras me ocupaba en reconquistar nuestros dominios, envié varios de mis hombres de armas para que te buscasen; todos volvieron uno tras otro sin haber podido adquirir noticia alguna, Egberto estuvo largo tiempo ausente; a su vuelta me refirió los acontecimientos de su viaje, y me dijo que, poco tiempo después de haberse puesto en camino, había estado a pique de perecer por haber caído de noche en un precipicio, de donde pudo salir por un acontecimiento milagroso.

Entonces refirió el conde a su fami-

Los huevos de pascua

lia detalladamente la aventura de Felipe y del escudero, y añadió:

—Al concluir su narración, Egberto que hizo ver este huevo, al cual daba un valor extremo por haberlo recibido, juntamente con la vida, de un joven que la Providencia había enviado en su ayuda. ¡Cuál no fué mi gozo al considerar los caracteres trazados en él! Reconocí ante todo tu letra, y este monumento de tu beneficencia se convirtió para nosotros en instrumento feliz de reunión. Montar a caballo y correr a toda brida hacia las canteras donde trabajaba el salvador de Egberto, fué el primer pensamiento que me ocurrió; hallé, en efecto, al joven, que con la mayor amabilidad se ofreció a conducirme hasta estos parajes. En cuanto a vosotros, queridos hijos míos —prosiguió dirigiéndose a Edmundo y Blanca—, reconoced la verdad de la santa máxima que vuestra

Cuentos de Calleja

madre trazó como una frase de consuelo para una pobre viuda: Egberto cayó en un precipicio, elevó su corazón a Dios, y Dios le socorrió. Yo también, en vez de confiar en mi poderío, rogué a Dios me devolviese mi desterrada familia, y la he encontrado por uno de los innumerables beneficios de nuestro Señor. Ved, además, cuáles son los frutos de la beneficencia: esos huevos que disteis al pobre Felipe salvaron la vida a Egberto, y por él he descubierto vuestra morada. Dad gracias a la Providencia por sus bondades, confiad en su misericordia, y tened por cierto que nos devolverá muchas veces en esta vida y siempre en la otra, y centuplicado, cuanto hayamos podido dar a los desgraciados.

Los dos esposos fueron a visitar la pobre cabaña donde la condesa y sus hijos habían pasado más de un año. El conde visitó con indecible placer

Los huevos de pascua

hasta el último rincón: vió con gozo al anciano Kuno, al cual no llamaba ya su servidor, sino su amigo, dándole al mismo tiempo gracias con toda la efusión de que era capaz su alma por lo que había hecho en obsequio de su familia.

Cerca ya la noche, llegaron Felipe y Egberto; se habían adelantado a la comitiva del conde, que debía entrar en la mañana siguiente en el valle. Todos cenaron juntos con el mayor gozo; también asistió a la cena el molinero, al cual manifestó el conde su viva gratitud.

La noticia se divulgó inmediatamente por el valle, y los sencillos carboneros decidieron ir todos juntos al día siguiente a ver a la señora para darle a un mismo tiempo gracias por sus bondades y parabienes por el fausto suceso.

Al amanecer del siguiente día,

Cuentos de Calleja

cuando el conde, la condesa y sus hijos salían de la casa a disfrutar la frescura y los perfumes de una hermosa mañana de otoño, vieron por un lado la comitiva del conde, compuesta de jinetes formados en el mejor orden, y por el otro, a todos los habitantes del valle, hombres, mujeres, ancianos y niños. Aquellas buenas gentes prorrumpieron en un estrepitoso viva al ver a su bienhechora; las trompetas del escuadrón tocaron un aire marcial.

La condesa se dirigió primeramente hacia sus vecinos y huéspedes, y les dió las gracias por lo que de ellos había merecido durante su permanencia en el valle. El conde se unió a su esposa en aquella manifestación de gratitud, y acompañó con lágrimas sus elocuentes palabras.

—No nos deis gracias, señor—dijo el molinero—: lo poco que hayamos

Los huevos de pascua

podido hacer por vuestra noble esposa nos lo ha devuelto mil veces; nos ha colmado de beneficios, cuyo recuerdo será conservado siempre en el corazón de los hijos del valle.

Los dos esposos se dirigieron en seguida a los caballeros del conde, cuyas brillantes armaduras reflejaban los rayos del Sol naciente. Acogieron a su señora con vivos transportes de alegría, y desfilaron delante de ella, saludándola respetuosamente.

Aquel mismo día reunió el conde a todos los habitantes del valle en un gran banquete, y dijo a sus convidados antes de separarse de ellos:

— Amigos míos, la fiesta que la condesa dió el día de Pascua a los niños del valle, ha sido la causa primera de la reunión con mi familia; quiero perpetuar su memoria: ante todo, es mi voluntad que el huevo dado a Felipe sea depositado en una caja de oro

Cuentos de Calleja

guarnecida de diamantes, y colocado como un *ex-voto* en una capilla que haré edificar en este mismo sitio. La máxima que en él se halla escrita no puede ser leída en mejor sitio.

Es también mi voluntad que en adelante, y a todos los niños de vuestras futuras generaciones, se les dé a mis expensas una fiesta en el día de Pascua, y que se les distribuyan en ella huevos de todos colores, que se llamarán *huevos de Pascua*.

Y yo—añadió la condesa—quiero establecer igual costumbre en toda la extensión de mis dominios.

El conde y la condesa ejecutaron fielmente lo que habían anunciado. La costumbre de regalar huevos de Pascua se extendió poco a poco por toda la comarca, y desde allí a otros países cristianos, donde se conserva aún.

Marta siguió a su ama a sus dominios, y Felipe fué agregado al servi-

Los huevos de pascua

cio del conde; el anciano Kuno vivió aún muchos años, tratado por sus amos como amigo más bien que como servidor; el tío y la madre de Felipe tampoco fueron olvidados.

Los dos esposos y sus hijos fueron más de una vez a visitar el solitario valle donde la desgracia y la beneficencia habían sembrado recuerdos tan dulces y tiernos para ellos. Para la familia del conde era aquélla una piadosa peregrinación. Las montañas parecían animarse con su presencia; los goces antiguos se despertaban para mezclarse con los huevos, y el recuerdo de los pasados males les ocasionaba un encanto inexplicable. Cada vez que volvían al valle hallaban en él el dulce testimonio de sus beneficios: se habían levantado nuevas cabañas; el bienestar y la alegría se aumentaron con el número de los habitantes, sobre los cuales se veía manifiesta la bendición del Cielo.

Cuentos de Calleja

Mucho tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, el conde y la condesa vieron en su alrededor a los hijos de sus hijos. Cuando esta nueva generación llegó a la edad de Edmundo y de Blanca y fueron a la montaña, quiso el conde celebrar otra vez el santo día de Pascua con los buenos carboneros. Aquélla fué una fiesta bella y gozosa.

— Ya lo veis, amigos míos—decía el conde vertiendo lágrimas de alegría—: no es a nosotros a quienes se pueda aplicar las palabras del profeta Isaías: «El Señor ha multiplicado la nación, pero no ha multiplicado la alegría»; ha aumentado uno y otro. Démosle gracias, amigos míos: esos huevos de todos colores son para nosotros una imagen de esa solicitud paternal que se extiende a todos y se reparte según nuestras necesidades. Imitemos su inagotable beneficencia; porque a

Los huevos de pascua

nosotros, padres o hijos, es a quien su Unigénito ha dicho: «¿Cuál es el padre que dará a su hijo un escorpión en vez de un huevo? Si, pues, vosotros, hombres, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿con cuánto mayor razón vuestro Padre, que está en el Cielo, sabrá conceder a sus hijos el mejor de todos los dones: su espíritu de sabiduría, de fuerza y de bondad?»

FIN



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| CAPÍTULO I.—La familia desconocida.. | 7 |
| CAP. II.—La hospitalidad..... | 12 |
| CAP. III.—¿No hay aquí gallinas?..... | 21 |
| CAP. IV.—¡Bendito sea Dios; ya hay gallinas!..... | 29 |
| CAP. V.—Ya hay huevos en abundancia | 41 |
| CAP. VI.—Los huevos de Pascua..... | 53 |
| CAP. VII.—Las sentencias..... | 69 |
| CAP. VIII.—Dos huevos que valen tan- to oro como pesan..... | 77 |
| CAP. IX.—Beneficio por beneficio ... | 85 |
| CAP. X.—Historia de la extranjera.... | 97 |
| CAP. XI.—El reconocimiento | 105 |



CALLIDA